

ter, jefe del estado mayor del general Grant, aprovechando aquella oportunidad, recogió todos los cañones dispersos, en número de veintidos, y los situó inmediatamente en semicírculo á fin de dominar el camino por donde podrían avanzar los separatistas. Como faltaban artilleros, ofreciéronse á servir las piezas algunos voluntarios, y entre ellos el Dr. Cornyn, cirujano del regimiento de Missouri, quien se distinguió por su valor y habilidad.

Serian apenas las seis de la tarde, cuando las baterías de los confederados rompieron de nuevo el fuego sobre la última posición en que acababan de concentrarse los federales. Los cañones de Webster contestaron enérgicamente, y en aquel momento las cañoneras *Tyler* y *Lexington*, que habian estado todo el día surcando las aguas sin que les fuese posible contribuir con su auxilio, pudieron al fin entrar en liza, y merced á su bien dirigido fuego, se evitó que los separatistas cayeran sobre la artillería de Webster y acabaran de completar su triunfo copando á la infantería. El resultado fué que antes de llegar la noche, habiase apagado el fuego de las baterías confederadas, y comenzaban sus batallones á retroceder para ponerse fuera del alcance de la metralla. Antes de entregarse al descanso en la pequeña iglesia de Shiloh, el general Beauregard espidió á Richmond el siguiente telégrama:

«Campo de batalla de Shiloh.—Via Corinto y Chattanooga.

»Abril 6, 1862.

»Al general S. Cooper.

»Hemos atacado esta mañana al enemigo en sus fuertes posiciones de Pittsburg, y despues de una reñida batalla que duró diez horas, hemos alcanzado, gracias al Todopoderoso, una señalada victoria.

»Las pérdidas por ambas partes son considerables, y entre ellas hay que lamentar

la muerte del intrépido general Alberto Sidney Johnston, quien cayó mortalmente herido al lanzarse con sus tropas en lo mas recio del combate.

»*El general Beauregard,*

»Comandante en jefe.»

La tropas del mayor general Buell, esperadas con impaciencia, llegaron por fin en la noche del 5 de abril precedidas de la vanguardia al mando del general Nelson. Al saber lo ocurrido, Buell se dirigió directamente al cuartel general de Grant, pero éste acababa de marchar á Landing, dejando sin embargo orden de que avanzaran las tropas por la orilla derecha del río, sin los cañones, por no ser fácil conducirlos á causa del mal estado de los caminos. En cumplimiento de lo que se le prevenia, el general Buell espidió una orden para que avanzara el resto de sus tropas á marchas forzadas, y tomando un vapor, fué á buscar á Grant á fin de ponerse de acuerdo antes de comenzar el ataque. Á la una y media de la madrugada llegó el general Nelson con su division y fué á ponerse en línea á la derecha de Webster; á las siete estaban ya reunidas todas las fuerzas, y el general Buell dió sus órdenes para atacar á la mañana siguiente. La division Crittenden, que acababa de llegar, formó el ala derecha del general Nelson.

La batalla comenzó de nuevo en toda la línea en la madrugada del 7, con favorables condiciones para los unionistas, pues acababan de recibir un refuerzo de veinticinco mil hombres de tropas de refresco, mientras que Beauregard, cuyos soldados habian estado de pie diez y seis horas y batiéndose la mayor parte del tiempo, no contaba sino con una reserva de tres mil hombres. El jefe separatista esperaba los refuerzos de los generales Price y Van Dorn, con treinta mil hombres, pero en vez de aquellos solo llegó

el general Buell en auxilio de los federales. Sin embargo, la batalla que se siguió fué reñidísima y sangrienta; los separatistas retrocedieron hasta las alturas de la iglesia de Shiloh, y allí pareció la lucha aun mas obstinada, pues los confederados oponian una enérgica resistencia en su ala derecha y su centro. La llegada de las tropas del general Buell les obligó á emprender la retirada, mas esta se efectuó en buen orden. La retaguardia iba mandada por el general Braxton Bragg. Á las cuatro de la tarde los federales ocupaban toda la línea que habian tenido que abandonar treinta y cuatro horas antes, y á las cinco, el ejército confederado volvía á ocupar sus líneas de Corinto, sin que se tratara de perseguirle. Á la mañana siguiente, el general Sherman, seguido de dos brigadas y la caballería, marchó al camino de Corinto y tuvo un encuentro con un destacamento enemigo, al que obligó á retroceder, destruyendo un campamento y apoderándose de un hospital donde se hallaban doscientos ochenta confederados y cincuenta unionistas heridos.

Uno de los párrafos del parte que redactó el general Beauregard decia lo siguiente:

«Los batallones enemigos recibian á cada momento nuevos refuerzos, y nuestras fatigadas tropas, que habian estado batiéndose diez y ocho horas, apenas podian ya sostener el ataque, tanto mas cuanto que ya no me quedaban mas reservas. En su consecuencia, á eso de la una de la tarde, no siéndome posible sostener una lucha tan desigual, di la orden de retirada que se efectuó en el mejor orden.

»Nuestras pérdidas en esta batalla ascienden á mil setecientos veintiocho muertos, ocho mil doce heridos y novecientos cincuenta y siete estraviados: total, diez mil seiscientos noventa y siete (*).»

(*) Al dar cuenta el general Beauregard de la heroica muerte del general en jefe Alberto Sidney Johnston, refe-

Segun el parte oficial del general Grant, las pérdidas de los federales figuraban por mil setecientos treinta y cinco muertos, siete mil ochocientos y dos heridos y tres mil novecientos cincuenta y seis prisioneros: total, trece mil quinientos setenta y tres, pero si á esto se añaden las pérdidas de Prentiss y Mc Clelland, resulta que aquella desesperada y sangrienta batalla no costó á los federales menos de quince mil hombres.

Puede decirse que los unionistas alcanzaron una señalada victoria (*), pero las pér-

riase tambien á la de otros oficiales distinguidos, y decia lo siguiente: «El Gobernador militar de Kentucky cayó muerto de un balazo juntamente con su caballo; el brigadier Gladding, el general Hardee, el general Breckinridge, el general Cheatham y otros varios, quedaron mas ó menos gravemente heridos, habiendo perdido casi todos ellos sus caballos. El general Hardee, cuya herida era muy leve, tenia la levita literalmente acribillada á balazos; el general Hindman se elevó con su caballo á diez piés del suelo á consecuencia de haber estallado á su lado una granada; el caballo quedó hecho trizas, y al caer el jinete todos creyeron que habia muerto; pero de pronto, vióse que se levantaba agitando su sombrero y pidiendo á voz en grito otro caballo para lanzarse de nuevo al combate.

(*) Juiciosamente pensando no se puede menos de poner en duda que la victoria se declarase de parte de los federales en la sangrienta batalla de Shiloh, y desde luego se reconoce alguna parcialidad en el autor al asegurarlo asi. Basta leer la narracion y fijarse en los detalles de la jornada para comprender que el triunfo fué mas bien de los separatistas, pues empezada la accion al rayar el alba, ya habian derrotado al medio dia tres divisiones de las seis de que se componia el ejército contrario, quedando inutilizada la mayor parte de la artillería de los unionistas y tomadas sus posiciones. Prescindiendo de esto, y de la notable diferencia que hubo entre las pérdidas de unos y otros, el mero hecho de reconocer el autor que los separatistas quedaron dueños del campo, apoderándose de un rico botin, induce á creer naturalmente que la victoria estuvo de parte de los separatistas. La prudente retirada de Beauregard, cuyos soldados se habian batido por espacio de diez y ocho horas y no podian resistir el impetu de los veinticinco mil hombres de refresco que acababa de recibir el enemigo, no puede suponer una derrota. Fernando Lecomte, teniente coronel del estado mayor federal de Suiza, que ha escrito sin duda imparcialmente la historia de aquella guerra, dice al hablar de la batalla de Shiloh: «Unionistas y confederados se atribuyeron la victoria, pero seguramente con mucha mas razon los segundos que los primeros.»—(N. del T.)

didadas fueron poco mas ó menos las mismas, si bien los confederados se apoderaron de un rico botin, quedando en el primer dia dueños del campo.

Apenas hubo recibido el general Halleck la noticia de la batalla de Shiloh, salió inmediatamente de San Luis, y llegó dos ó tres dias despues á Pittsburg Landing. Durante un mes no se emprendió operacion alguna contra el ejército separatista acuartelado en Corinto, y aunque el general Pope llegó el 22 de Missouri con un refuerzo de veinticinco mil hombres, no se ocupó á Monterey hasta el 1.º de mayo, en cuya fecha el ejército del general Hale ascendia ya á mas de cien mil hombres. Entre tanto el general Beauregard se fortificaba del mejor modo posible, rodeando á Corinto con una línea de atrincheramientos de quince millas de longitud, bien provista de artillería; y para mayor seguridad, obstruyó los caminos é inutilizó los puentes, protegiendo las obras de defensa con una fuerte empalizada. El general Halleck no creyó oportuno atacar de pronto aquellas formidables fortificaciones y prefirió hacer los aproches lentamente, sin dejar por esto de hostilizar el enemigo con frecuentes escaramuzas. Al cabo de tres semanas, las baterías de los federales se hallaban á tres millas de Corinto, y en un reconocimiento practicado por el general Paine ocurrió una escaramuza en que el jefe unionista cogió doscientos prisioneros. En la noche del 27 de mayo, el coronel Elliott marchó con dos regimientos á fin de flanquear á Corinto y cortar la via férrea del Sur para dejar interceptada esta comunicacion con la plaza. Elliott llegó á Booneville el 30, pero fué solo para ver con asombro que se retiraba el ejército confederado, abandonando la ciudad. Beauregard se habia sostenido cuanto le era posible contra las numerosísi-

mas fuerzas de Halleck, y al fin resolvió evacuar la plaza haciendo que se sacasen primero los enfermos y heridos. El dia 29 cesó completamente el fuego, y las hogueras que luego se vieron durante la noche, revelaron bien claramente que se alejaba el enemigo. Algunos oficiales unionistas penetraron en Corinto pocas horas despues y vieron que se habia pegado fuego á una considerable cantidad de provisiones, pero no encontraron arma alguna. Beauregard se retiró á Tupelo perseguido al principio por el general Pope, y el ejército federal se extendió en la línea de Memphis y de Charleston.

Entre tanto el general Mitchel salia de Nashville con una division del ejército de Buell, y marchó contra Huntsville, cuya plaza fué atacada por sorpresa al amanecer del dia 9 de abril. Mitchel se apoderó de diez y siete locomotoras, además de un tren en que iban ciento cincuenta y nueve prisioneros, y continuando luego su marcha hasta Tuscumbia, tomó á Bridgeport sin mas fuerza que cinco regimientos, atacando al enemigo por donde menos se le esperaba. Poco despues, habiéndose reunido un gran número de fuerzas confederadas, tuvo que abandonar á Tuscumbia, mas antes de hacerlo, destruyó las vias férreas de Decatur y Bridgeport. Mitchel quedó, sin embargo, dueño de toda la parte norte del Alabama, y si hubiese contado con mas fuerzas, habria podido destruir los depósitos de armas y fundiciones de Georgia. Vista la actividad y energía del general Mitchel, no parecia bien que estuviese bajo la dependencia de Buell, y por esto en el mes de junio se le confió el mando en Puerto-Real, donde murió al poco tiempo; el general Halleck marchó igualmente á Washington para servir como general en jefe, y Grant permaneció en Corinto.

APÉNDICE AL CAPÍTULO IV.

BIOGRAFÍA DEL GENERAL BEAUREGARD.

Pedro Gustavo Toutant Beauregard se habia distinguido ya como ingeniero cuando estuvo al servicio de los Estados-Unidos. Nació en la plantacion de su padre cerca de Nueva-Orleans y su verdadero apellido es Toutant, pues Beauregard es el nombre de la posesion, que se agregó al patronimico por un mero capricho. Cuando jóven fué admitido como cadete en West Point, donde se le inscribió con el apellido de Toutant de Beauregard, mas esto solo significaba que procedia de aquella plantacion. El jóven no se cuidó de corregir el error, acaso porque no le disgustara llamarse así, y desde entonces el nombre de Beauregard apareció siempre como el suyo propio.

Era su padre un rico criollo, descendiente de una respetable familia francesa, que poseia estensas tierras en Louisiana, y su madre, descendiente de una casa ducal de Italia, pertenecia á la familia de los Reggio. En 1834 el jóven Beauregard entró en la academia militar de West Point, donde se calificó en 1838 y obtuvo el segundo lugar entre los cuarenta y cinco cadetes que componian la clase. Poco despues recibió el nombramiento de segundo teniente del primer regimiento de artillería, pero al cabo de una semana se le trasladó al cuerpo de ingenieros. En junio de 1839 elevóse al grado de primer teniente y como tal servia cuando estalló la guerra con México, en la cual se distinguió Beauregard hasta la conquista de la capital del imperio de los Motezumás.

El jóven oficial dió á conocer desde luego esas cualidades que le distinguieron siempre como entendido militar; tenia un golpe de vista seguro, profundos conocimientos en el arte de la guerra, un recto juicio y muy buen criterio.

Por su valerosa conducta en Contreras y Cherubusco, Beauregard recibió el despacho de capitán en 20 de agosto de 1847, y por los servicios que prestó en Chapultepec se le promovió al grado de mayor en 13 de setiembre del mismo año.

En el asalto de la puerta de Belen, en la ciudad de México, Beauregard quedó herido, y mientras duró la campaña, no solo se distinguió como el mas bravo, sino tambien como el mas entendido de los oficiales. Al redactar el general Scott su parte oficial en la ciudad de Méjico, en la que acababa de penetrar como conquistador, decia lo siguiente al hablar de Beauregard: «Es uno de nuestros mas distinguidos ingenieros, y merced á su eficaz auxilio se ha obtenido la victoria de Molino del Rey.» Scott decia además que el jóven oficial habia escitado la admiracion de todos en el asalto de la fortaleza de Chapultepec y en los combates que

hubo á las puertas de la capital. Para que se comprenda cuán recto era su juicio y elevado su criterio, basta citar la siguiente anécdota.

Ya delante de México, y una ó dos noches antes del ataque, se reunió un consejo de guerra al que asistieron todos los oficiales desde el primero hasta el último. Este consejo duró algunas horas; todos los oficiales menos uno habian hablado, y unánimemente apoyaban un plan de operaciones que no estaba conforme con el del general Scott, cuando el general Pierce, cruzando al otro lado de la sala acercóse á Beauregard y le dijo:—«Veo que no habeis manifestado vuestra opinion.»—«No se me ha preguntado nada, repuso el jóven.» Al oír esto Pierce volvió á ocupar su asiento, anunciando que el teniente Beauregard no habia emitido su parecer y que convendria escucharle. En efecto tomó la palabra, y manifestó sin vacilar que si se adoptaba el plan que aprobaban todos menos el general en jefe, serian las consecuencias funestas. Entonces espuso sus razones, pesando las ventajas y desventajas, y de tal modo llevó la conviccion al ánimo de sus oyentes que se desechó el proyecto. La ciudad de México fué tomada segun el plan propuesto por el jóven teniente. Algunos dias despues el general Scott, en presencia de un gran número de oficiales, recordó este hecho que no podia menos de lisonjear á Beauregard.

Al volver á Louisiana el jóven héroe, regaláronle una costosa espada y el Gobierno de los Estados-Unidos le nombró ingeniero jefe para inspeccionar las obras de Nueva-Orleans y las fortificaciones de la embocadura del Mississippi.

Beauregard cuenta ahora cuarenta y tres años de edad; es un hombre vigoroso y de salud robusta, y su actividad y energía, sus profundos conocimientos como ingeniero, justifican la admiracion de los que le reconocen como un buen general.

Nacido en Louisiana, y hallándose allí toda su familia, era natural que abrazase la causa que defendia, pero se supone que tambien su cuñado Juan Slidell, senador de los Estados-Unidos, influyó en su ánimo para que se inclinase en favor de la Confederacion.

Las obras de defensa de Charleston, hechas bajo la direccion del general Beauregard, revelan bien á las claras sus profundos conocimientos estratégicos, y aun sus mismos enemigos admiten que esto solo bastaba para que ocupase un puesto distinguido entre los mas eminentes defensores de su pais.